

NO VOY A SALIR DE AQUÍ

HÉROES MODERNOS

9

Micah P. Hinson



No voy a salir de aquí

Traducción de Miquel Izquierdo



ALPHA DECAY

A los perdidos

No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas ante los puercos; no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.

Mateo 7:6

La puerta de mi habitación no cerraba del todo de modo que se colaban los aullidos de las ambulancias y podía también oír a las mujeres de la limpieza susurrando de quién era el dinero que habían afanado y cuánto y en qué habitación. O bien hablaban del reloj nuevo que habían visto en el despacho del jefe cuando se ausentó unos minutos.

Junto a la puerta, mal fijada a la pared, había una cadenilla que se podía introducir en el seguro, de modo que me sentía más o menos a salvo, aunque estoy seguro que alguien, cualquiera, podría haber forzado la entrada mientras yo dormía o fumaba cigarrillos en la bañera. Aquella habitación se había convertido en mi casa. Para no olvidarme de tantas personas a las que había conocido, colgaban de las paredes un montón de fotos y páginas escritas. La mayoría estaban rasgadas y manchadas de café. Las fotos tenían los bordes estropeados, pues habían ido acumulándose en una caja en el transcurso de mis recorridos por el sur, al menos cuatro o cinco a lo largo del último año. Cada día arrojaba alguna a la maldita caja. Fotos y más fotos de personas conocidas. Y de algunas que no.

Había una cama. Una mesilla de noche. Dos sillas y una mesa con una pata coja. Tuve que colocar un par de libros bajo la cama combada para que no se hundiera cuando me sentaba a escribir, liar un cigarrillo o escuchar la radio.

De noche podía oír a los de arriba. Discutían constantemente y algunas noches se oía el estrépito de un espejo roto o el zumbido de la lámpara arrojada desde la mesilla, seguido de un ruido sordo y un gemido fiero, o bien la televisión volaba desde el segundo piso y caía al patio, por encima de la valla. Policías y coches patrulla aparecían por allí para tratar de aplacarlos y yo cerraba la puerta. Apoyado contra ella, alargaba el brazo para escudriñar entre las persianas y asegurarme de que no iban a venir a interrogarme acerca de mis vecinos.

No sabía nada. Ni siquiera los había visto.

Parecía como si la policía anduviera siempre por el motel, en busca de fugitivos e ilegales. Siempre daban con alguno. Cargaban a dos o tres en los coches patrulla, en pleno día, y salían camino a la cárcel del condado de Taylon.

Llevaba viviendo en las calles un par de meses cuando por fin conseguí una pasta y pude mudarme al motel. Una semana me salía por unos ciento cincuenta dólares, así que debía trabajar duro para tener un techo sobre mi cabeza.

Era cómodo. Mugriento, pero mucho mejor que el callejón o el puente bajo el cual me hubiera tocado dormir.

Aquel día el trabajo empezaba a eso de las cinco. Llegué resacoso aún de la noche anterior. La idea no era emborracharme tanto. El zumbido de la máquina de escribir y el sabor aguado del vino fueron los que me mantuvieron dándole al vaso hasta que ya no pude recordar un solo motivo para estar donde estaba. De pronto empecé a cuestionarme hasta mi propia existencia, ya no el sentido y los analfabetos fraseos de mis escritos. Las letras se tornaron animales callados, colgados de medialunas menguantes, mientras la noche se volvía algo completamente insensato y desnortado a medida que me sumía en el sopor etílico durante más de trece horas.

Me desperté al resbalar del sofá y me di cuenta del retraso con que iba a llegar al trabajo. Ya había perdido tres en menos de dos meses.

Crucé la puerta del restaurante, vi que ya eran las cinco y veinte pasadas, sorteé al doctor Ayvher, el camarero, y pasé ante el jefe, el señor Baulhoc. Se trataba de un borracho, un hombre de mediana edad, con tendencia a la sobreactuación, que con sus dos metros sobresalía por encima de todos. Resultaba curioso. Llevaba una cola larga y oscura, que se acariciaba mientras desmenuzaba mis errores. Me decía que ponía poca o mucha comida o que salía demasiado hecha o algo cruda, y mientras tanto iba sorbiendo incontables chupitos de ron y de Jack Daniels, copones de Pinot y todo tipo de inconcebibles brebajes.

A medio turno estaba sentado en el bar, fumando un cigarrillo con las manos manchadas y el mandil sucio, cuando apareció aquella monada de chica, toda canija.

El doctor Ayvher echó una miradita inquieta y empezó a toquetear los vasos sin necesidad, emitiendo un sonoro suspiro. Se volvió hacia mí, me miró a los ojos y advirtió:

—Ojo, colega. Está loca.

Ella avanzó hacia la barra con una mochila rebotante, una manta con la bandera americana estampada y una máquina de escribir colgando de un hombro. Parecía tener prisa. Ponía nervioso.

Ya había venido en otras ocasiones, pues el señor Baulhoc le indicó que dejara sus bártulos en el reservado del rincón, bajo la mesa, al tiempo que agitaba los brazos sin parar, como histérico. Ella dejó sus cosas bajo los bancos de madera carcomida y enseguida salió disparada afuera, tan rápida como había aparecido.

Terminé el turno como de costumbre, una vez tuve los platos limpios y todo en su debido sitio, por más que cada pocos días todo cambiara de lugar. Todo dependía de dónde pensara el señor Baulchoc que debían estar las cosas. Para él se trataba de una suerte de disciplina arcana, perdida: esta disposición de cacharros, aquella ordenación de cubiertos.

Tomé aposento en la barra, con mi ropa normal. La de trabajo quedaba en el estante superior de la trastienda. Agarré mi botellín de cerveza, encendí un cigarrillo y eché una mirada alrededor. La luz tenue hacía imposible distinguir nada.

Pegué una larga calada y vi a Malsar, el otro cocinero, salir de la cocina. Era un tipo grandote y rubicundo, con ojos brillantes como cuentas, casi huecos, y una barba tupida, desaseada.

—¿Ves a la chavalita que vino hace unas horas? ¿La ves? —dijo, apostándose en la barra con su cándida sonrisa infantil.

—Sí.

—¿Sí? ¿Y sabes algo de ella, eh? ¿Mmm...? ¿Hablaste antes con ella?

—Si sigues sonriendo de ese modo voy a tener que confesarte que no, que no he hablado antes con ella. Ya sabes, no salgo mucho. No conozco a nadie. En lo que a mí respecta, son todos iguales —respondí, rematando la cerveza.

–Ah, ya... –sonrió–. Bueno... olvídalo... Sí, sí, sí...
¡Está loca! ¡Del todo, te lo puedo decir con certeza!
¡No está en sus cabales! Desvaría sin parar sobre las
cosas más raras. Hostia, tío, ¡es un puntazo brutal!
¡Cada vez que hablo con ella dice las cosas más extra-
ñas! ¡Joder! ¡Qué tipa rara!

Calló en seco y me miró fijamente, sin expresión.
No sé muy bien qué estaba esperando, pero algo espe-
raba. Quizá una reacción exaltada, quizá ofendida.

Siguió mirándome fijamente hasta que por fin ha-
blé:

–¿Loca, eh? Fantástico. Quiero que sepas que me
alegra que confíes tanto en mí, que me dejes compar-
tir tu secreto. Resulta conmovedor.

–Qué capullo. No es mi secreto. Todo el mundo lo
sabe –musitó mientras se volvía, de regreso a los pití-
dos y zumbidos del lavaplatos y demás artilugios.

Y como salida de un sueño extraño y remoto, la
chica pasó por detrás de mí hacia su reservado, agarró
la mochila de debajo de la mesa y empezó a hurgar fre-
néticamente en los bolsillos.

A continuación se puso a mi lado en la barra. El
doctor Ayvher sacó un bloc amarillo, garabateó algo y
se lo pasó. Ella lo estudió durante un momento, luego
corrigió algo y se lo devolvió.

–Perdona, pero me di cuenta de que al llegar lleva-
bas una máquina de escribir. ¿Escribes? –resolví de-
cirle por fin, tras pasar un buen rato ordenando mis
pensamientos y mi voluntad, pensando en cómo abor-
darla. Esa chica parecía estar deslizándose en el vacío,
y las cosas remotas siempre me han parecido atractivas.

–Sí, escribo. ¿Por qué? –respondió ella tímidamente, musitando entre dientes.

–Por nada. Por preguntar.

–¿Vives lejos?

Me quedé descolgado un segundo y me llevó un instante darme cuenta de qué había dicho exactamente. Hice un ademán al doctor para que me sirviera otra cerveza, y enseguida le pegué un sorbo.

–Vivo en un motel carretera abajo.

–¡Hay que ir allí! –exclamó, escupiendo algo de saliva sobre la barra. Se dio cuenta y sonrió, al tiempo que la secaba con el reverso de la manga del abrigo. Un aire de incoherente desánimo se apoderó de ella.

–Alto, alto, princesa, estoy esperando a un amigo. Tan pronto como aparezca su cara, nos vamos –dije, como si el hecho de hablarle impidiera que se precipitara por un barranco.

Era evidente que se iba aproximando.

Le agarré un instante la mano para sacarla del tranche, y de pronto su rostro se iluminó, cogió mi cerveza, le pegó un buen trago hasta el fondo y gritó:

–¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Tú y yo! ¡Venga, quiero enseñarte algo que encontré! ¡Te va a gustar!

Entonces regresó donde su mochila, escarbó de nuevo en ella y extrajo una vieja Biblia raída. Atravesó el local arrastrando un taburete y lo plantó al lado del mío. Se sentó, se pegó a mí y prosiguió.

–San Agustín fue el Buda original. Se hartó hasta tal punto de sus posesiones que se adentró desnudo en los bosques y reveló la palabra de Dios a los animales. Ellos le escuchaban. Pero la gente olvida eso... to-

dos olvidamos todo. Que catolicismo y budismo son lo mismo. Ya ves... mira...

Abrió la Biblia y empezó a pasar páginas.

–Creo que fue Mateo quien lo dijo... sí... «Dios no es real». ¿Lo ves? Deseaba a María. Se la quería follar. Habría hecho cualquier cosa por ella. Mira –sacó un álbum de fotos y empezó a hojearlo, hablando tan deprisa que casi tartamudeaba–: Ésta es mi hermana. Mi padre. Yo en París. En Londres. En La Meca. Mi difunto esposo...

–¿Difunto esposo? –interrumpí, encendiendo otro cigarrillo. Le ofrecí uno, pensando que quizá ayudaba a aplacarla. No dije nada mientras se lo encendía. Luego, siguió:

–Sí, me duró bien poco. –Se detuvo y bajó la mirada para examinar las líneas de sus manos–. Pero escúchame. La Biblia esconde una única enseñanza. ¿Sabes cuál es? –No me dio tiempo a responder–. Voy a decírtelo: la única enseñanza de este libro sagrado es el libre albedrío. Dios es eso... libre albedrío.

–¿Libre albedrío? Lo siento en el alma, pero...

–María contaba con la opción de tener o no a Jesús. ¡Y Jesús tenía la opción de morir o no por todos! –gritó, casi al borde del llanto, trasegando mi cerveza.

–Vaya, nunca había pensado en ello. Pensaba que Dios trataba simplemente de aportar nuevas razones para no parar de pelear y sudar.